

gracia; mas el abogado general Guerin, uno de los comisarios del parlamento, mandó tirar, y fue obedecido. Esta atrocidad, tan digna en efecto de un castigo egemplar, fue de la que mas se acusó á Guerin en el proceso criminal que en lo sucesivo le hizo espiar sobre el cadalso su celo bárbaro. De Merindol, donde el primer presidente no dejó de coadyuvar al abogado general, se fueron á Cabrieres: solo habian quedado allí sesenta hombres y treinta mugeres, que cerraron las puertas á estos asesinos, porque se creyeron obligados á defenderse. Capitularon con ellos para no retardar el saqueo, les prometieron la vida, y despues, como en desprecio de la palabra dada, los cargaron á todos de cadenas. Los hombres fueron conducidos á una pradera vecina, y los ahorcaron á todos sin distincion de edades. Cerraron á las mugeres en una trox llena de paja, y luego la pusieron fuego, y cuando se asomaban á las ventanas para arrojar, las repelian con las horcas de palo, ó las recibian sobre la punta de las picas. De la misma atrocidad y perjurijs usaron contra la pequeña ciudad de la Cote, que tenia buenos muros y estaba fortificada con un castillo. Despues de haber prometido que no harian daño alguno á los habitantes con tal que dejasen sus armas en el castillo, y derribasen por cuatro partes los muros de la ciudad, entraron por las brechas que la credulidad de aquel desgraciado pueblo habia hecho, y pasaron á cuchillo á todos los varones sin dejar uno solo. Las mugeres é hijas, para libertarse del primer ímpetu del soldado, se habian retirado á un

jardin cerca del castillo; todas fueron violadas, y tan brutalmente ultrajadas, que muchas murieron allí mismo. Pero corramos el velo sobre estas individualidades execrables, y empleemos la pluma en generalidades demasiado horribles todavía.

Hubo veintidos ciudades ó pueblos saqueados y quemados. Hicieron perecer hasta tres mil personas, segun los autores que señalan menor número. Muchos católicos, que se hallaban mezclados con los valdenses, experimentaron las mismas crueldades que los hereges. Despues de la mortandad, mas de setecientas personas fueron condenadas á galeras, y otras á enormes multas. Apenas hubo algunos absueltos, despues de haber abjurado, y en tan corto número como podia esperarse de semejantes apóstoles, de los cuales muchos saquearon las iglesias y profanaron los vasos sagrados. Los paisanos que acudian para tener parte en el botin, no cometian menos desórdenes que el soldado.

Estas barbaridades sublevaron toda la Francia. El ruido llegó á la corte, donde se logró justificarlas por algun tiempo; pero se asegura que Francisco I, mejor informado por último, y no pudiendo en la hora de la muerte calmar su conciencia, ordenó al Delfin, que iba á sucederle, que hiciese un exámen mas sério de este negocio, y castigase á los culpados de un modo egemplar. A lo menos es constante que el Rey Enrique II comisionó al parlamento de París para examinar de nuevo el negocio, y que despues de cincuenta audiencias, en las que nada omitieron



de cuanto pudo conducir á descubrir la verdad, el abogado general Guerin, acusado por otra parte de cohechos, fue degollado. El baron de la Guardia pagó con algunos meses de prision; y el presidente Oppe-de, por mas protegido sin duda, no sufrió castigo alguno por un delito en que parece que tuvo la mayor parte. De este modo la verdad, retardada por las barreras que rodean al trono, solo llega á él por lo comun para quedar perjudicada en la parte mas preciosa de sus derechos (\*).

31. Mientras que la llaga hecha á la Iglesia se emponzoñaba de esta manera en Europa, con el mismo aparato que la oponia el falso celo, un hombre verdaderamente apostólico por medio de unos procedimientos bien diferentes, se esforzaba en las estremidades del Asia á restituir á aquel gran cuerpo todo su vigor y lozania (1). Francisco Javier, uno de los primeros discípulos de San Ignacio de Loyola, no hacia todavía tres años que evangelizaba en las Indias, y ya la fe romana habia conquistado unas regiones mas vastas que aquellas de donde la heregia é impiedad la habian desterrado en Europa: En Mozambique, en Melinda y Socotora, en todas las costas orientales de la África, donde aportó la flota que le llevó, habia sembrado esta semilla evangélica, que

(\*) Nuestra España, feliz en esta parte, supo preservarse del contagio de los errores que inficionaban el resto de Europa.

(1) *Turscl. vit. S. Javer. l. 2. c. 2. et 2. = Bohut. l. 2. et 3.*

casi nunca fue estéril en sus manos. Habiendo llegado á Goa, capital de las Indias portuguesas, y centro del comercio de todo el oriente, el primer objeto que llamó su atencion fue el estado deplorable del cristianismo entre los que profesaban la fe. Figúrese un pueblo vencedor, errante de mar en mar, llevando el hierro de unas partes á otras, avasallándolo todo en su camino por un nuevo género de armas y de combates, teniendo por menos glorioso el dictar leyes que el no seguir alguna; y que no hallando freno contra la violencia, contra la licencia y el impetu de las pasiones, contra el desprecio de la equidad: la sed del oro y todos los vicios, no ponian por su parte límite alguno al desenfreno. Entre todos los medios de enriquecerse, la usura era el menos odioso. El concubinato público era el libertinage mas escusable: á pesar de que los mahometanos y los cristianos tenían casi igual número de mugeres, hacian un tráfico infame de estas desgraciadas despues que habian saciado la brutal pasion de sus primeros raptos. Los hombres se adquirian como las bestias, vendiéndose al mas vil precio. Los asesinatos se cometian á cara descubierta, y los asesinos lejos de ocultarse, los contaban entre sus triunfos. La justicia se vendia en los tribunales, y con tal que el culpable tuviese con que corromper sus jueces, el crimen estaba seguro de la impunidad. La religion misma que habia servido de pretesto á la invasion de las tierras de los infieles se hallaba afligida y oprimida en muchos parages. El culto público de los idolos era permitido hasta en



la capital. No solamente se toleraba que los Príncipes tributarios persiguiesen á los cristianos, sino que los infieles y los sacerdotes idólatras adquirían á precio de dinero los cargos públicos.

Javier comprendió fácilmente que en vano se esforzaria en convertir las Indias á la fe mientras que estos escándalos no cesasen de separarlas de ella. Gemía delante de Dios, y afligia su carne con ayunos y maceraciones las mas espantosas. Fue á morar al hospital, aunque revestido como estaba del carácter de legado apostólico, y tan particularmente estimado del Rey de Portugal. Servía á los enfermos en los oficios mas humildes y penosos; iba de puerta en puerta á buscarles limosnas; pasaba de los hospitales á las cárceles, donde ejercitaba la misma caridad; recorría todas las calles con la campanilla en la mano suplicando á los padres de familia que enviasen sus hijos á la escuela: despues volvía al anochecer, y en voz alta encargaba á los fieles que orasen por la conversion de los que estaban en pecado mortal. Los ciudadanos penetrados de una vida tan santa y de un método tan nuevo, volvieron insensiblemente del olvido de Dios á la consideracion de las verdades eternas, y del funesto estado de sus conciencias. Los niños, plantas tiernas y flexibles, tomaron primero las impresiones que el Santo habia emprendido darles. Los cánticos piadosos sucedieron en sus bocas á las canciones obscenas que les enseñaban luego que sabian hablar. Llevaban á la casa paterna la modestia, el uso de la oracion, el horror al vicio, y el temor

de los juicios de Dios. Sin embargo, los padres se sonrojaban de recibir egemplo de aquellos á quienes debían darle. El apóstol hizo entonces predicaciones públicas, tronó contra el pecado, y ponderó todo el peligro de la impenitencia. Los pecadores mas escandalosos, íntimamente conmovidos, fueron los que mas se apresuraban á pedir misericordia. Seguíanlos la multitud, y en poco tiempo Goa, Málaga, todas las ciudades en que el Santo se presentó, mudaron de semblante.

Lo que no habia consumado en el púlpito lo llevaba al debido fin por sus piadosas industrias, y por los encantos irresistibles de su conversacion. Esmerándose como Pablo en hacerse todo para todos, y á egemplo de Jesucristo no temiendo que se le reprendiese el tratar con los pecadores, los visitaba á menudo, se sentaba alguna vez á su mesa, y allí con aire festivo, con semblante alegre, y con una palabra dicha, al parecer, sin designio, pero realmente á propósito, fijaba el corazon del esposo en su muger legítima, y le desprendía de todas sus concubinas. Afectaba alguna vez no hablar mas que de cosas indiferentes, sin proferir una palabra que oliese á reprehension; y amenazándolos este silencio enérgico con que sería su abandono sin esperanza, y con una muerte cercana en pecado, se arrojaban á sus pies pidiendo penitencia. De la capital se transfirió á todas las fortalezas, á todas las habitaciones y á todos los navíos: vió desterrar el vicio aun de la última chalupa. La vida de un soldado, el alma de un marinero,



era tan preciosa á sus ojos como la de un oficial de primer órden. Hubo soldado cuya conversion le costó muchas semanas consecutivas de desvelo, de familiaridad, de complacencia, y de groserías sufridas con una dulzura cada vez mas atractiva. Hubo otro en cuyo juego tuvo la condescendencia de interesarse, á fin de suspender los ímpetus de una desesperacion en que estaba ya para quitarse la vida con su propia espada, ó para precipitarse en el mar: despues de lo cual le inspiró Javier una compuncion tan sincera, que el penitente, dando egemplo de una mudanza tal vez la mas egemplar de todas, hizo y cumplió la resolucion de abstenerse para siempre de los juegos de suerte. Estas conversiones súbitas no fueron sin embargo de aquellos fervores pasajeros que no tienen consecuencia. La piedad se estableció sólidamente en todas partes: los que apenas se confesaban una vez al año, lo practicaron cada mes arregladamente; y en Goa á lo menos quedaron las familias tan bien arregladas, que parecian una colonia recién transportada.

Cuando el varon de Dios hubo purificado de esta manera las costumbres cristianas, creyó poder emplearse con fruto en la conversion de los infieles. Sobre la costa oriental de la península, al otro lado del Ganges, desde su cabo mas meridional, llamado de Comorin, hasta la isla de Manar, se estiende una tierra abrasada por los ardores del sol, tan estéril y destituida de las comodidades de la vida, que ningun extranjero queria establecerse en ella. Es solo habitada por unos miserables pueblos, llamados páravas

ó pescadores, que pasan su vida en el seno del mar, para pescar en él las perlas, á beneficio de unos avaros comerciantes, de quienes en cambio apenas reciben con qué poder subvenir á su estrecha subsistencia. Esta pintura hecha á Javier de la costa de la Pesquería, fue para su caridad el iman mas atractivo. Juntando la humildad al amor de los trabajos, fue á pedir la bendicion al obispo de Goa, á quien declaró postrado á sus pies, que no pretendia hacer uso, sin su beneplácito, de los poderes de legado que tenia del Sumo Pontífice.

Habiendo desembarcado en el cabo de Comorin, distante de Goa cerca de doscientas leguas, encontró primero una aldea toda idólatra, y no quiso pasar á otras sin haber anunciado el nombre de Jesucristo. Sus palabras hicieron poco efecto. Se necesitaban prodigios semejantes á los de los Apóstoles para hacer obras no menos admirables que las suyas. Una muger de la aldea, cruelmente atormentada tres dias habia con los dolores de parto, estaba al momento de espirar. El Santo fue á verla, la exhortó á confiar en el Dios de los cristianos, y la esplicó los principios del cristianismo. La enferma pidió el bautismo, diciendo que creía de todo su corazon. Javier la leyó un Evangelio, y la bautizó: acostóse inmediatamente, y luego se halló perfectamente restablecida. Toda la familia se arrojó á los pies del Santo, y no hubo una sola persona que no recibiese el bautismo despues de la instruccion conveniente. Divulgóse la noticia en toda la aldea y en las moradas vecinas. Un oficial



comisionado para recibir el tributo en nombre del Príncipe del territorio, quedó tan penetrado que confesó la excelencia de la fe cristiana: después de lo cual estos pueblos sujetos á la dependencia mas servil, y contenidos hasta entonces por el temor, acudieron todos apresuradamente para recibir el bautismo. El concurso fue tan grande, que Javier á fuerza de bautizar no podia ya levantar el brazo, y le faltaba la voz de tanto repetir las oraciones. Solo los niños, muertos poco después de bautizados, ascendieron á mas de mil.

Estos sucesos fueron todavía mas abundantes en el reino de Travancor, sobre la costa occidental, donde fue por tierra el misionero infatigable, atravesando la península en toda su estension. Se vé por sus cartas que en un mes bautizó allí diez mil idólatras, y que muchas veces en un solo dia bautizaba un pueblo entero y muy numeroso. Allí mismo comenzó Dios á comunicarle el don de lenguas, el de profecía, el de curacion de todas las enfermedades, el de resucitar muertos, y la virtud de aterrar con una sola palabra ó un gesto un ejército de bárbaros conjurados contra sus amados neófitos, con aquella plenitud que le hizo semejante á los primeros Apóstoles. El Rey de Travancor, tan milagrosamente libertado de la irrupcion de los bádagos, armados para asolar sus posesiones, quiso ver al taumaturgo, le abrazó como á su libertador y su padre, diciéndole delante de todos: „yo me nombro el gran Rey, y en adelante sereis vos llamado el gran padre.” Aunque

idólatra, mandó al punto que se obedeciese al gran padre como á su propia persona; y que el que quisiese ser cristiano lo fuese sin temor. A escepcion del Rey, menos aficionado á sus dioses que á sus placeres, este reino, uno de los mas grandes de la península, vino á ser cristiano dentro de algunos meses. Júzguese de estas conversiones por las que se hicieron al mismo tiempo en Manar por un discípulo de Javier. El Rey de esta isla, idólatra bien diferente del de Travancor, é implacable enemigo de la Religion cristiana, mandó dar muerte á todos los súbditos suyos que la hubiesen abrazado, sin perdonar á su hijo primogénito, que era de este número, junto con muchos señores de la corte; y entre seiscientos ó setecientos que fueron presos, no hubo uno solo que no quisiese mas ser degollado, que renunciar su religion.

Estos triunfos del Evangelio se divulgaron en todas las Indias, y el Dios de los cristianos vino á ser en ellas tan venerable, que los pueblos mas infatuados de sus ídolos enviaban á suplicar al varon de Dios que fuese á bautizarlos. Entonces fue cuando afligido de no ser suficiente para una mies tan abundante, y de no poder obtener los operarios necesarios escribiendo á todas partes, fue asaltado de impulsos extraordinarios que le hicieron decir en una de sus cartas (1): „Me viene al pensamiento el recorrer todas las academias de Europa, sobre todo la floreciente universidad de París, y esclamar en ellas con todas mis fuerzas: ¡ah! ¡cuántas almas pierde el cielo por

(1) *Javier. Ep. 9.*



vuestra culpa; mientras que una vana sombra de gloria os hace olvidar los intereses de Jesucristo, y el castigo espantoso de aquellos que habrán inutilizado el talento que Dios les ha confiado!" Escribió en efecto de lo interior de las Indias á la Sorbona una carta, cuyo original se ha perdido; pero de la cual muchos sábios, y en particular Juan de Rada, compatriota del Santo, sacaron copia, admirando la caridad apostólica que respiraba en cada línea.

32. Estos pensamientos inflamaban siempre mas y mas su celo, y estimulándole á desempeñar su ministerio en toda su estension; resolvió pasar á la península del otro lado del Ganges, y llevar la luz evangélica de isla en isla, de reino en reino, hasta las estremidades del Asia. Tuvo la devocion de ir antes á implorar el socorro del cielo sobre el sepulcro del Apóstol Santo Tomás, el primero que instituyó la cristiandad en las Indias. Veintiseis años antes habian hallado los portugueses, en 1523, algunos restos de un cuerpo humano, y la punta de una lanza en medio de las ruinas de la antigua ciudad de Meliapor, en una capilla que las gentes del pais decian haber sido construida por el santo Apóstol (1). Aseguraban además que aquella lanza era la misma con que habia sido atravesado en su martirio. Esta tradicion, junta con algunas inscripciones que la confirmaban, empeñó al Rey de Portugal á reedificar la ciudad de Meliapor, y á darla el nombre portugués

(1) *Maff. Hist. Ind. l. 1. — Kircher. Chin. illust. p. 91. — Baill. t. 3. p. 270.*

de Santo Tomé. Lo que prueba mucho mejor todavía, la verdad de la persuasion en que se estaba, es el olor de virtud que exhalaban, por decirlo así, aquellos monumentos sagrados, y que de tal modo habia preservado esta colonia portuguesa de la corrupcion general de las otras, que Javier, despues de haberla reconocido, dijo, que no habia visto en todas las Indias una ciudad tan cristiana. Además de las funciones de su propia devocion, casi no tuvo que hacer mas en ella que sacar de la molicie oriental un pequeño número de particulares, y reducir los otros á las observancias perfectas del Evangelio. Partió luego para Malaca, y para las tierras iluminadas de los primeros rayos del sol naciente: carrera todavía sembrada enteramente de trabajos, diversos de los de la India y del Ganges, y le veremos correrlos con el mismo feliz suceso.

33. Pero no era suficiente reemplazar los desertores de la Iglesia; era preciso tambien imprimirles una infamia que los imposibilitase de propagar mas la seduccion. El cielo, en fin, oyó los clamores de los verdaderos fieles, que pedian, tanto tiempo hacia, un concilio ecuménico, como el único dique suficiente contra esta irrupcion de todos los errores y escándalos. Hecha la paz con Carlos V y Francisco I, dóciles en fin á las instancias paternales del Sumo Pontífice, pudo señalarse en el mundo cristiano, trastornado por tan largo tiempo con sus ódios recíprocos, un lugar tranquilo y seguro para la asamblea de los prelados. Estaban convencidos de la mala fe de



Los sectarios, que despues de haber sido los primeros en pedir el concilio, mostraban claramente por sus artificios inagotables, que no adoptarían ninguno en que no se arruinase, así la doctrina de la Iglesia, como el órden antiguo é invariable prescrito por el Espíritu Santo para las asambleas que él mismo quiere regir. Entonces el Papa Paulo III, despues de haber sondeado las disposiciones de los Príncipes, espidió la bula de convocacion con fecha de 19 de Marzo de 1544, é indicó el concilio de Trento sobre la frontera del Tirol, entre la Italia y la Alemania, para el 15 de Marzo del año siguiente. Sin embargo, sobrevinieron todavía varios obstáculos, y principalmente de parte de Carlos V que habia pedido el concilio con el mayor ardor; lo que hizo diferir su apertura hasta el domingo de adviento, que en este año de 1545 cayó en 3 de Diciembre. Tales fueron las contradicciones que, á proporcion de su utilidad, debia sufrir esta obra de Dios. Mas los trabajos fueron ventajosamente compensados con los frutos que al fin se recogieron.

## TABLA CRONOLÓGICA.

*Desde el año 1523, hasta el de 1545.*

### PAPAS.

- CCXVIII. Clemente VII, elegido á 19 de Noviembre de 1523, y muerto á 25 ó 26 de Setiembre de. 1534.  
 CCXIX. Paulo III, promovido á 13 de Octubre de..... 1534.

### EMPERADORES.

Carlos V.

### REYES DE FRANCIA.

Francisco I.

### REYES DE ESPAÑA.

Carlos V.

### REYES DE INGLATERRA.

Enrique VIII.

### CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilio de Méjico, 1525. Cuatro años despues de la sujecion